

# **La autoridad de la Palabra de Dios**

James BOYD

[biblicom.org](http://biblicom.org)

# Índice

<b>1 - Las Sagradas Escrituras . . . . .</b>	<b>3</b>
<b>2 - La necesidad de una revelación . . . . .</b>	<b>5</b>

## 1 - Las Sagradas Escrituras

«Toda la Escritura está inspirada por Dios» (2 Tim. 3:16).

Las Escrituras no se parecen a ningún otro escrito. Todos los demás escritos proceden de la mente humana, con la convicción y la esperanza de que el lector capte el significado de lo escrito. Pero esto no ocurre en absoluto con las Escrituras. Los autores de las Escrituras no solo no suponen que el hombre sea capaz de captar los pensamientos que en ellas se consignan, sino que afirman con toda claridad que es incapaz de hacerlo (1 Cor. 2:14; Efe. 1:17; Col. 1:9; Lucas 24:45). El Espíritu Santo, que inspiró a los autores, es el único que puede hacernos comprender lo que había registrado para instruirnos en la mente de Dios.

Por eso, un simple estudio de la Palabra, por necesario que sea, no bastará para hacernos captar el pensamiento de Dios. Debemos leerla, prestar atención a todo lo que nos presenta, creerla, aunque no capturemos su sentido, y meditar en sus preciosas palabras; pero esto debe hacerse con oración, en dependencia de su Autor, y desconfiando de nuestra propia razón natural; esta es siempre infiel, porque es la de la carne caída, que gira sin cesar en su esfera ciega, excluyendo todo rayo de luz divina.

Esto no debe desanimar a los que desean estudiar la Biblia, al contrario; indicaré el verdadero y único modo de adquirir conocimiento, y dónde y cómo encontrarlo. Hay que encontrarlo en la Palabra, porque está allí y en ninguna otra parte, y hay que confiar en ella como revelación de Dios. Debemos prestar atención a los detalles más pequeños, porque nada inútil se registra allí, y no veremos vanas repeticiones abarrotando las páginas. No pensemos que haya sucedido algo que él no haya previsto entre su pueblo, porque él conoce el fin desde el principio, y el enemigo no puede realizar un ataque por sorpresa. Cada asalto del astuto enemigo, cada versículo cuyo significado obvio es tergiversado por el sectario que persiste en hacer que apoye su miserable falsificación de la verdad, cada versículo aislado arrancado de su contexto, y presentado como verdad, para apartar el corazón de Cristo que vive en el cielo, todo ha sido previsto por el Autor de este maravilloso libro, y se han tomado amplias disposiciones para detectarlos y desenmascararlos.

Es una espada afilada para la conciencia humana; el mismo diablo ha sentido a menudo su filo. Es una luz que expone los recovecos secretos del corazón del hombre, y revela sus intenciones engañosas, con toda su amarga enemistad contra Dios; pero

al mismo tiempo, revela el corazón de Dios en todo su insondable amor por el culpable. Guía los pasos del peregrino a través de este desierto donde no hay camino, y revela, a su mirada vuelta hacia el cielo, la morada celestial donde hay saciedad de gozo y placeres para siempre. En la alabanza espontánea que allí se escucha, se oyen las melodías de las criaturas celestiales y de las miríadas de los redimidos; y en el rugido atronador de su ira, se oyen los gemidos de los que han traspasado el límite de la esperanza y han entrado en las regiones de la desesperación. Ella nos da una visión de la eternidad y vuelve nuestra mirada hacia el descanso de Dios y el día en que todas las cosas serán hechas nuevas, inmersas en la gloria de la redención.

Describe fielmente el carácter de los hijos del diablo y el de los hijos de Dios. Se registran los meandros y divagaciones de la mente humana, así como los consejos del amor eterno. La locura de la criatura, la sabiduría del Creador, el camino de la mentira, el camino de la verdad, el camino de la justicia, el camino del pecado, el camino de la vida, el camino de la muerte, el camino del hombre, el camino de Dios, todo está registrado para que seamos iluminados, para nuestra bendición eterna. Bienaventurado el hombre que confía en su origen celestial, y cuyo corazón y mente están llenos de sus preciosas verdades.

Sus bendiciones hacen el bien, exaltan y enriquecen, y sus maldiciones destruyen, confunden, envilecen y empobrecen. La obediencia a sus preceptos purifica el alma, mientras que la rebelión contra sus mandamientos endurece el corazón, embota la conciencia y adormece la sensibilidad. Ella critica a sus detractores, juzga a sus jueces, hace mentir a sus calumniadores y justifica para siempre a los que la aman. En el último día, tendrá la última palabra y su sentencia será definitiva. Ella es un manantial de agua viva en este árido desierto, un pan vivo en esta tierra estéril. Hace oír a los sordos, ver a los ciegos y vivir a los muertos. Por el poder del Espíritu, es «es viva y eficaz, más cortante que toda espada de dos filos: penetra hasta la división del alma y del espíritu, de las coyunturas y los tuétanos; y ella discierne los pensamientos y propósitos del corazón» (Hebr. 4:12). Dios ha exaltado su Palabra por encima de todo su nombre (Sal. 138). En cuanto al que desprecia su testimonio, sería bueno que no hubiera nacido.

Por eso no desaconsejaría a nadie que estudie el contenido de este maravilloso Libro. Dios nos lo ha dado en Su maravillosa gracia, y quiere que nos acerquemos a él con temor y temblor –no porque estemos bajo sus maldiciones, pues, gracias a Dios, todo creyente está plenamente justificado por la sangre de Jesús, y establecido en una relación nueva y eterna con él en Cristo– sino por su carácter santo y sagrado. En sus páginas, no hay condenación para el creyente en Cristo; estando redimido

por la sangre de Jesús, su relación con Dios y su seguridad eterna ocupan un lugar destacado en este libro sagrado. Pero por ser una revelación de Dios, debe ser abordado con santa reverencia, no con la ligereza con que puede tomarse cualquier otro libro.

## 2 - La necesidad de una revelación

«Así que la fe viene del oír; y el oír, por la palabra de Dios» (Rom. 10:17).

Es tarde en la historia del mundo para abordar la cuestión del origen de un libro que comenzó a escribirse hace unos 4.000 años y ha perdurado durante más de 2.000; pero tarde o temprano la cuestión parece aún indecisa y abierta al debate de algunos; y la antigüedad del debate no disminuye ciertamente su importancia, ni el ardor de los combatientes o el interés de los oyentes.

Es una cuestión que ninguna persona reflexiva que busque el conocimiento del hombre relegará a un segundo plano, pues la gran pretensión que hace el Libro mismo lleva a que la cuestión de su derecho a esa pretensión tenga prioridad sobre todas las demás. Tampoco pueden los hombres tratar esta cuestión con indiferencia. El aplomo de los que dicen que su origen es muy oscuro, y que no es una revelación de Dios, está marcado por la superficialidad, y no es el resultado de una convicción honesta.

Huelga decir que los dirigentes del mundo no tienen en gran estima el Libro (*la Escritura*), sino todo lo contrario; por eso ha sufrido una hostilidad incesante y una crítica más intensa que cualquier otro escrito. Ha sido, y sigue siendo, más ardentemente amado y más intensamente odiado que todos los demás libros del mundo juntos. Lo extraño de su historia es que la casa de sus supuestos amigos es el lugar donde ha sido herido más cruelmente. Aquellos que fueron los primeros a pretender ser celosos al servicio de su Autor resultaron ser sus peores enemigos, y fue bajo su cuidado que durante siglos tuvo que permanecer “prisionero en cadenas”. Cómo sobrevivió a las persecuciones a las que se vio expuesto es un milagro casi tan grande como la forma en que fue entregado al hombre.

Gracias a Dios, los días de su encarcelamiento han terminado y es libre de seguir su camino de bendición por todo el mundo. En tiempos de Lutero se produjo una

resurrección moral por la gracia de Dios. En el oscuro claustro, el monje alemán que finalmente sacudió el trono del orgulloso Obispo de Roma vio en sus sagradas páginas una luz mayor que el brillo del sol. Cuando su voz se alzó, anunciando a los oídos de los hombres las palabras vivificantes del polvoriento pergamino, la rueda del carro papal se rompió para siempre, los poderes de las tinieblas se alarmaron y la maldad quedó estupefacta ante la audacia de este hombre temerario. El poder de Dios se hizo sentir y la tiara tembló en la frente del hombre que traficaba con almas humanas, cuando vio desvanecerse ante sus ojos la esperanza de sus ganancias. Los hombres comenzaron a hablar más abiertamente, la servidumbre sacerdotal bajo la que habían gemido ya no se discutía en voz baja, e incluso los reyes comenzaron a respirar más libremente, pues la Epístola a los Romanos se aferraba ahora a la garganta del prelado italiano. Tal es el poder de este maravilloso Libro.

Declara ser de origen celestial: las mismas palabras del Dios vivo, insufladas en los corazones y mentes de sus siervos, y escritas por ellos bajo el impulso del Espíritu Santo. Ninguna otra comunicación en la tierra puede reclamar tal homenaje universal. Los autores se sumergieron en la eternidad pasada, antes de que el sol, los planetas o los satélites brillaran sobre la faz del cielo, y sacaron a la luz los consejos secretos del Padre eterno. Nos muestra estos consejos llevados a cabo en el tiempo por el Hijo eterno, en el poder del Espíritu eterno, hasta que el resultado final de todas las actividades de la Trinidad irrumpe ante nuestros ojos en un cielo nuevo y una tierra nueva, coronados con la gloria del tabernáculo de Dios, en medio de la creación redimida, en la que habitará la justicia para siempre.

Nos habla del principio de todas las cosas, de la caída del diablo, de la caída del hombre, de la bondad de Dios para con el hombre caído, del amor de Dios, de la muerte de Cristo, de su resurrección, de su asiento a la derecha de Dios, de su regreso y de la sujeción de todas las cosas a sí mismo.

Conduce el corazón y la mente hacia las cosas invisibles y agasaja el alma con delicias inefables en el santuario del amor eterno. Abre a nuestra visión la negrura de las tinieblas, la región de la desesperación abandonada por Dios, donde se desencadenan sin cesar las tempestades de la ira todopoderosa. Saca a la luz el corazón corrupto del hombre caído, que odia a Dios, y el amor infinito y santo de un Dios Salvador. Nos guía hacia la fuente de todo bien y nos muestra, sin hacernos acercar a ella, la fuente del mal. Describe el incesante conflicto entre estas 2 fuerzas opuestas a lo largo de la oscura historia de un mundo caído, hasta el día en que la batalla se terminará con el triunfo del bien, y donde el cielo y la tierra serán purificados de la presencia del mal, que encontrará su lugar, junto con el diablo que lo engendró,

en el lago de fuego, morada eterna del «mentiroso» y del «homicida» (Juan 8:44).

Declara que Dios es amor. La creación muestra su infinita sabiduría y poder, pero vemos el mal arrastrándose a nuestro alrededor, el hombre estando bajo sus pezuñas despiadadas. Las huellas de Su bondad están por todas partes; en medio de inenarrables desgracias, el más desafortunado saborea el gozo del corazón. Pero el hecho de que las penas del género humano se entremezclen con tanta facilidad con innumerables gozos no hace sino complicar y dificultar aún más el enigma de la existencia del hombre. Si todo fuera malo, habría alguna justificación para atribuir la creación al capricho de un demonio. Si todo fuera bueno, sería imperdonable denigrar el verdadero carácter de Dios; pero ver estos 2 principios por todas partes, entrelazados en una lucha sin esperanza, con el mal aparentemente siempre triunfante, es desconcertante para la mente finita.

Las desgracias de la raza humana no pueden exagerarse; parecen levantarse a cada momento como testigos contra la noción de bondad infinita; porque si Dios es todopoderoso, ¿cómo es que durante tantos milenios ha dejado a su criatura, en esta parte de su creación, debatirse sin piedad en su miseria? ¿Puede el Creador ser indiferente a las desgracias de su criatura? ¿Quién puede decírnoslo? ¿Él no dice nada?

Estoy seguro de que, si no hay revelación de Dios, no hay Dios. Pero todo el universo que me rodea atestigua la realidad de un Creador, y aunque las cosas visibles no contienen el secreto de la naturaleza de Aquel que las trajo a la existencia, son prueba suficiente para convencer a cualquier ser inteligente de que Aquel sin el cual un gorrión no puede caer al suelo no podría dejar a su pobre criatura sin algún rayo de luz sobre su situación en relación con su santa y justa voluntad.

La idea de un universo como el que nos rodea, sin Creador, me resulta impensable; como es igualmente impensable que el hombre haya sido creado para ser presa de sus propios deseos miserables, para avanzar a tientos dolorosa y penosamente hacia la oscuridad sofocante de una tumba, discutiendo con sus congéneres sobre cuestiones acerca de las cuales ninguno puede pretender tener un rayo de luz, y que nunca podrán ser resueltas. El modo en que estoy formado es tal que no puedo desprenderme de la idea de un Creador con el que trato; también me impresiona la benevolencia de Aquel que me hizo, pues veo abundantes huellas de ella por todas partes. También estoy seguro de que él no ha dejado al hombre sin una muestra de su benevolencia, dondequiera que se encuentre. He tratado de librarme del pensamiento de un Ser con el que estaba tratando, y no lo he conseguido; he hecho todo

lo posible por desterrar de mi mente la convicción de que él ha hablado, y tampoco lo he logrado. Dónde y cómo ha hablado es otra cuestión, pero habló, estoy convencido.

El hombre debe tener una luz, y Dios se la dará, aunque está seguro que le será infiel. Estoy seguro de que Dios nunca lo dejará sin testimonio. No digo aquí de dónde me vienen tales pensamientos; solo digo cuán impresionado estoy cuando miro a mi alrededor y medito en lo que veo que ocurre en la tierra. Seríamos más miserables que las bestias si no hubiéramos recibido la luz de Dios, pues ellas no se sienten abrumadas por el terror de tratar con él, y nosotros sí. La cuestión no es saber si Dios habló, sino cómo habló.

La gente dirá inmediatamente que no es a través de la Biblia. Pero yo pregunto: ¿por qué no a través de la Biblia? ¿Recibiré la objeción estereotipada de que está llena de contradicciones y que es completamente errónea sobre el plan del universo, que hace de la tierra el centro y que la tierra es una llanura? Nada de eso. Está escrita con tal cuidado que sus afirmaciones nunca sacuden la mente del mayor científico, ni incitan al más analfabeto a buscar un descubrimiento astronómico. Pero yo preguntaría: ¿qué impresión causa el universo en el común de los mortales, cuando contempla la noche estrellada desde la puerta de su casa? ¿Acaso no percibe la tierra como una llanura plana, y la bóveda celeste como un hemisferio que descansa sobre el borde de la tierra? ¿No podría Aquel que es infinitamente sabio haber hecho las cosas visibles de otra manera? La verdad es que los cielos y la tierra están ordenados de tal manera que impresiones morales son transmitidas a la mente. Todo lo que está lejos de la tierra está arriba y por encima del hombre, y el hombre está conducido a mirar hacia arriba, hacia Dios, que tiene su morada en los cielos. La Biblia tiene su propia manera de dejar intactas estas impresiones. Si diera otras impresiones y enseñara la teoría newtoniana, podríamos, con cierta razón, concluir que el Dios de la creación no es el Dios de la Biblia. No intento demostrar con esto que la Biblia deba su origen al Creador, solo muestro que si la Biblia mantiene la impresión que la propia creación da a simple vista del observador ordinario, esto no es prueba de que no sea de origen divino.

La mente infiel del hombre presenta muchas otras objeciones, pero todas son igualmente vanas y han sido repetidamente desechadas. El hombre odia naturalmente la luz, y por eso la Biblia está siempre bajo ataque. Pero, aunque el hombre puede odiar y odia la luz, ella vino a este mundo oscuro para la salvación de su alma inmortal. ¿Qué otra luz puede tener que le muestre a Dios plenamente revelado? Es fugaz, está lleno de aflicción, y finalmente debe someterse a la muerte sin saber



dónde le alcanzará. Este enemigo de frente aterradora es ciego a la miseria, sordo a toda súplica y mudo en cuanto a dónde conduce a su víctima. Tiene casi 6.000 años de antigüedad, y los hombres saben hoy muy poco de él como al principio. Se espera que conduzca a algo mejor que la vida presente, pero ¿qué prueba hay de que la región a la que nos lleva no esté más llena de horrores que aquella de la que nos saca? Si fuera un ángel de luz enviado para escoltarnos a través de una escena de gozo y tranquilidad sin fin, ¿sería su apariencia tan aterradora y su arma tan temida? Desde luego que no. Necesitamos la luz de Dios, porque la muerte no nos da ninguna razón para pensar que, si las cosas van mal aquí, irán mejor en el más allá. Un Creador benevolente no dejará a su criatura sin testimonio. La revelación es necesaria tanto para su gloria como para nuestra bendición; y reconocemos con gratitud esa revelación en *las Escrituras*.